

CAPITULO VIII.

DESCONTENTO DE LAS TROPAS.—INSURRECCION EN LA CAPITAL.—VUELTA DE CORTES.—SEÑALES GENERALES DE HOSTILIDAD.—MATANZA HECHA POR ALVARADO.—LEVANTAMIENTO DE LOS AZTECAS.

1520.

La tempestad que habia soplado con tanta furia por la noche, se desvaneció en la mañana, que apareció clara y brillante sobre el campo de batalla. Al paso que avanzaba la luz, daba á conocer con mayor sorpresa la desigualdad de las dos fuerzas que tan recientemente habian combatido. Los soldados de Narvaez no podian ocultar su disgusto; y se escucharon murmuraciones de desagrado al contrastar su número superior y su mejor equipo, con el semblante ajado por los trabajos y el pobre atavío del puñado de sus enemigos. Por esto el general vió con mucha satisfaccion llegar al campo á sus aliados de Chinantla, dos mil en número. Perteneían á una robusta y atlética raza; y avanzando, por decirlo así, en una especie de orden confuso, con sus vistosos estandartes de plumajes, y sus largas lanzas con puntas de iztli ó cobre, que relucian con el sol de la mañana, tenian cierto aire de disciplina militar. Llegaron demasiado tarde para la accion; pero no pesó á Cortés poder dar á sus nuevos soldados una prueba de la extension de sus recursos en el país. Como no necesitaba ya de los indios aliados, los despidió despues de un atento recibimiento, y una liberal recompensa (1).

En seguida hizo los mayores esfuerzos para apaciguar el descontento de las tropas. Hablóles en los términos mas expresivos é insinuantes, y no fué corto en sus promesas (2), siguiendo las acciones á las palabras. Algunos de ellos habian perdido sus bagajes, ó los vencedores se habian apropiado sus caballos. Mucho necesitaban de estos los veteranos de Cortés; y varios soldados fatigados con las largas marchas hechas hasta entonces á pié, se habian provisto de

(1) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10. cap. 6.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 123.

(2) Diaz que le escuchó varias veces, habla de su elocuencia en estos términos: „Comenzó un parlamento por tan buen estilo, y plática, tan bien dichas cierto otras palabras mas sabrosas, y llenas de ofertas, que yo aquí no sabré escribir. Ibid., cap. 122.

lo que ellos imaginaban un modo de caminar mas cómodo y honroso para el resto de la campaña. Mandó el general que se restituyese todo á los vencidos (3). „Habian ya abrazado la misma causa,” dijo, „y dividirian con ellos sus trabajos.” Hizo mas todavía; distribuyó entre los soldados de Narvaez alguna cantidad de oro y piedras preciosas, colectadas entre las tribus vecinas, ó halladas en los cuarteles de su rival (4).

Esta conducta, aunque política respecto de sus nuevos soldados, excitó gran disgusto entre los antiguos. „Nuestro general,” decian, „ha abandonado á sus amigos por sus contrarios. Nosotros hemos seguido sus banderas en la hora del peligro, y se nos ha recompensado con heridas mortales, mientras que el botin se da á nuestros enemigos.” La ofendida soldadesca, comisionó al padre Olmedo y á Alonso de Avila para que expusieran á Cortés sus quejas, quienes se las refirieron sin reserva, comparando su manejo con la desagradecida conducta de Alejandro, que despues de ganar una victoria, daba por lo comun mas á los enemigos que á los soldados que le habian ayudado á obtenerla. Grande fué la perplejidad de Cortés; victorioso ó vencido, parecia obstruida su carrera con iguales dificultades.

Procuró calmar la exaltacion de sus soldados, manifestándoles la necesidad que habia de obrar así. „Nuestros nuevos camaradas,” díjoles, „son formidables por su número, tanto que mas bien estamos nosotros en su poder, que ellos en el nuestro. La seguridad del ejército consiste en hacerlos, no solo compañeros, sino amigos. Por la menor desavenencia tendremos que pelear como antes, y con mucha mayor desventaja si están unidos. Yo he calculado vuestros intereses,” añadió, „tanto como los míos. Todo lo que tengo es vuestro; mas ¿por qué ha de haber motivo de disgusto, cuando todo el país con sus riquezas está á vuestra disposicion, y vuestra fuerza aumentada, debe asegurar en lo de adelante el pacífico dominio de él?”

Pero no confió Cortés solo en sus argumentos para restablecer la tranquilidad. Conocia que esta era incompatible con la inaccion, y de consiguiente resolvió dividir sus fuerzas y ocuparlas en servicios distantes. Puso un destacamento de doscientos hombres á las órdenes de Diego de Ordaz, á quien mandó establecer la colonia que antes se habia proyectado fundar en Coatzacoalco. Igual número fué enviado con Velazquez de Leon á asegurar la provincia de Pánuco, situada unos tres grados al norte del golfo de Méjico; y en cada uno de estos destacamentos, fueron interpolados veinte de los antiguos veteranos.

(3) El capitan Diaz, habia tomado del despojo de los filisteos, segun él mismo dice, un caballo muy bueno con todos sus arneses, unos tirantes de espada, tres dagas y un escudo, todo lo que era un hermoso equipo para la campaña. Con mucha razon pues, no fueron de su gusto las órdenes del general. Ibid., cap. 124.

(4) Narvaez alega, que Cortés le despojó de efectos valiosos en 100.000 castellanos de oro. (Demanda de Zavallos en nombre de Narvaez, MS.) Si así fué, el botin del gefe proporcionó los medios de ejercer la liberalidad con los soldados.

Despachó doscientos hombres á Veracruz, con orden de traer á tierra el cor-daje, hierro y todo lo que hubiera manuable á bordo de la escuadra de Narvaez, y desarbolar completamente los buques. Nombró superintendente de la marina, á un oficial llamado Caballero, previniéndole, que si en lo de adelante entraban en el puerto algunas embarcaciones, las inutilizara de la misma manera, y llevara á sus oficiales presos á tierra (5).

Entre tanto que así se ocupaba con nuevos proyectos de descubrimiento y conquista, recibió de Méjico tan alarmantes noticias, que le obligaron á concentrar todos sus recursos y fuerzas en aquel punto. La ciudad se habia insurreccionado. No bien se hubo decidido la lucha con su rival, cuando mandó Cortés un correo con noticia de ello á la capital; pero en menos de quince días regresó el mismo mensajero con cartas de Alvarado, trayendo el desagradable aviso, de que los mejicanos estaban sobre las armas, y que habian atacado denodadamente á los españoles en sus mismos cuarteles. El enemigo, agregaba, habia puesto fuego á los bergantines construidos por Cortés, para asegurar la retirada en caso que destruyeran los puentes: habia intentado forzar las murallas: habia conseguido minarlas en parte, y abrumado á la guarnicion con una tempestad de flechas que habian dado muerte á varios, y herido á muchos. Concluía la carta, suplicando al comandante se apresurara á socorrerlos, si queria salvarlos y conservar la capital.

Fueron estas noticias un fuerte golpe para el general; tanto mayor, cuanto que llegaron en la hora del triunfo, cuando habia creído tener ya á sus piés á todos sus enemigos. No hubo tiempo para vacilar. Perder la posesion de la capital, la mas hermosa ciudad del mundo occidental, seria perder todo el pais que la miraba como su cabeza (6). Así lo manifestó á sus soldados invitándolos para que le siguieran á salvar á sus compatriotas. Todos se manifestaron prontos á ir, con una alegría, dice Diaz, que no hubieran mostrado si hubieran podido prever lo futuro.

Hizo, pues, Cortés los preparativos para marchar inmediatamente. Revocó las órdenes dadas á Velazquez y Ordaz, y les previno se le uniesen con sus fuerzas en Tlascalala. Mandó venir las tropas de Veracruz, quedando allí de guarnicion solo cien hombres á las órdenes de un tal Rodrigo Rangle, pues no quiso caer en esta crisis de los servicios de Sandoval. Dejó á los enfermos y heri-

(5) Demanda de Zavillos en nombre de Narvaez, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 124.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 130.—Camargo, Hist. de Tlascalala, MS.

La visita de Narvaez, dejó entre los nativos melancólicas señales, que hicieron recordarla por mucho tiempo. Un negro de su servidumbre trajo las viruelas, cuya enfermedad se difundió rápidamente en aquella parte del pais, y un gran número de indios fué víctima de este mal asolador. Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 6.

(6) „Se perdía la mejor, y mas noble ciudad de todo lo nuevamente descubierto del mundo; y ella perdida, se perdía todo lo que estaba ganado, por ser la cabeza de todo, y á quien todos obedecian.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 131.

dos en Cempoala al cuidado de un pequeño destacamento, previniéndole le siguiese tan pronto como aquellos estuviesen en disposicion de hacerlo. Habiendo concluido sus disposiciones, salió de Cempoala con un buen acopio de provisiones, proporcionado por su hospitalario cacique, quien le acompañó algunas leguas en el camino. Parece que el gefe Totonaca tenia la amable disposicion de mostrarse amigo de aquellos á quienes favorecia la fortuna.

Nada digno de mencionarse ocurrió al principio de la marcha. En todas partes recibían las tropas un trato amistoso de los campesinos, que inmediatamente socorrian sus necesidades. Poco antes de llegar á Tlascalala, atraviesa el camino un pais poco poblado, de manera que sufrió considerablemente el ejército, por falta de comestibles, y aun mas por la de agua, aumentándose sus padecimientos á un grado alarmante, porque en la precipitacion de su forzada marcha, caminaban hiriéndoles con toda su fuerza el sol meridiano. Varios se cansaron en el camino, y tendiéndose á las orillas de él, parecían incapaces de hacer esfuerzo alguno, y casi indiferentes á la vida.

En este extremo, hizo adelantar Cortés un pequeño destacamento de caballería, con el fin de que se procurase provisiones en Tlascalala, y prontamente le siguió él mismo. Cuando llegó allá, encontró abundantes auxilios preparados por los hospitalarios nativos. Mandáronse á las tropas: recogieron los dispersos uno por uno: ministráronseles auxilios; y restablecido el ejército en sus fuerzas y espíritu, entró en la capital republicana.

Aquí recibió algunas nuevas noticias respecto de los acontecimientos de Méjico, que un rumor popular atribuía á secretos estímulos y maquinaciones de Montezuma. Fué alojado Cortés cómodamente en el palacio de Maxicazin, uno de los cuatro gefes de la república, y proporcionáronle dos mil soldados, pues no habia falta de actividad, cuando se trataba de hostilizar á sus antiguos enemigos los aztecas (7).

Al revistar el comandante español sus tropas, despues de habérsele unido los dos capitanes mencionados, halló que ascendían á cerca de mil infantes y cien caballos, sin incluir á los aliados tlascaltecas (8). En la infantería contábanse cerca de cien arcabuceros, con otros tantos ballesteros; y la parte del ejército traída por Narvaez, estaba admirablemente equipada, aunque era inferior á los veteranos de Cortés en lo que es mejor que cualquiera exterioridad, á saber,

(7) Ibid., ubi supra.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13 y 14.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 124 y 125.—P. Mártir de Anglería, De Orbe Novo, déc. 5, cap. 5.—Camargo, Hist. de Tlascalala, MS.

(8) Gomara, Crónica, cap. 103.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 7. Bernal Diaz, aumenta el número á 1300 infantes y 96 caballos, (Ibid., cap. 125,) y Cortés lo disminuye á menos de la mitad. (Rel. seg., ubi supra.) El cálculo de las dos autoridades anteriores citado en el texto, corresponde bastante bien con lo que expresan los documentos oficiales de que se ha hablado, sobre las fuerzas de Cortés y de Narvaez, antes de que se reunieran.

en disciplina militar, y en familiaridad con el servicio particular que debían hacer.

Dejando aquella ciudad amiga, tomaron los españoles un camino mas al norte, por ser mas directo que el que habían seguido al entrar ántes al valle. Era el que conducía á Tezcucó, y los obligaba también á subir la misma áspera sucesión de cordilleras que tiene su mayor altura en los dos elevados volcanes, por cuya base caminaban. Los costados de la sierra estaban cubiertos de umbrosas selvas de pinos, cipreses y cedros (9), por entre los cuales se divisaban aquí y allá, profundas barrancas y valles, en cuyo fondo se veía la rica vegetación silvestre, propia del ardoroso clima de los trópicos. Desde la cumbre de las montañas, giraba la vista sobre la extensa porción del país que habían atravesado últimamente mas allá de las verdes llanuras de Cholula. Al oeste, descubrían el valle de Méjico desde un punto enteramente diverso del que antes habían ocupado, pero siempre ofreciendo el mismo hermoso espectáculo con sus ondulantes lagos, en cuyo seno flotaban florecientes ciudades y quintas, sus bruídos *teocallis* en los cuales ardía un fuego inextinguible, sus cultivadas laderas y oscuros collados de pórfido, que se extendían en opaca perspectiva hasta la orilla del horizonte. A sus piés hallábase la ciudad de Tezcucó, que ocultándose modestamente tras de sus espesos bosques de cipreses, formaba un contraste con su mas ambiciosa rival situada en el otro lado del lago, y que parecía gloriarse en el pomposo esplendor de sus encantos, como Señora del valle. Cuando bajaron á las populosas llanuras, fué muy diferente el recibimiento que les hicieron los nativos, del que habían experimentado anteriormente. No se veían grupos de curiosos aldeanos, que salían á recibirlos y á ofrecerles su sencilla hospitalidad. No les rehusaban los auxilios que pedían, pero se los proporcionaban con un aire desagradable, que manifestaba no les acompañaba la buena voluntad del que los daba. Se hizo mas notable este aire de reserva, luego que el ejército entró en los suburbios de la antigua capital de los acolhuas. Ninguno salió á encontrarlos, y parecía que la población se había disminuído; tan gran parte de ella se había trasladado á los lugares inmediatos á Méjico (10). Su frío recibimiento era una sensible mortificación para los veteranos de Cortés, quienes juzgando por lo pasado, habían lisonjeado á sus nuevas camaradas, con la sensación que su presencia produciría en los nativos. El señor del lugar, que como se recordará fué electo por influjo de Cortés, se hallaba

(9) „Las sierras altas de Tezcucó á que le mostrasen desde la mas alta cumbre de aquellas montañas y sierras de Tezcucó, que son las sierras de Tlallocan altísimas y umbrosas, en las cuales he estado y visto, y puedo decir que son bastante para descubrir el un hemisferio y otro, porque son los mayores puertos y mas altos de esta Nueva España, de árboles y montes de grandísima altura, de cedras, cipreses y pinas.” Camargo, Hist. de Tlascala, MS.

(10) El historiador explica en parte la razón. „En la misma ciudad de Tezcucó había algunos apasionados de los deudos y amigos de los que mataron Pedro de Alvarado y sus compañeros en Méjico.” Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 88.

ausente. De todas estas circunstancias, dedujo el general funestos presagios, y aun concibió grande inquietud respecto á la suerte de la guarnición de Méjico (11).

Pero pronto se disiparon sus dudas con la llegada de un mensajero que en una canoa vino de la ciudad, de donde se había escapado por negligencia, ó acaso disimulo del enemigo. Traía comunicaciones de Alvarado, noticiando á su comandante, que los mejicanos en los últimos quince días, habían desistido de toda hostilidad activa y convertido sus operaciones en un bloqueo. Habían sufrido mucho los españoles; pero expresaba su convicción de que luego que llegaran sus compatriotas, se levantaría el sitio y se restablecería la tranquilidad. Envió también Montezuma un mensajero para el mismo efecto, disculpándose de no tener parte alguna en las últimas hostilidades; las cuales, decía, no solo se habían puesto en práctica sin su conocimiento, sino contra sus deseos y esfuerzos.

Habiéndose detenido el general español el tiempo bastante para que descansaran las fatigadas tropas, siguió su marcha por la orilla meridional del lago que le condujo á la misma calzada por la cual había entrado á la capital. Era el 24 de junio de 1520, día consagrado á San Juan Bautista. Pero ¡cuán diferente era la escena que entonces se presentaba, de la que tuvo lugar en su primera entrada! (12). No llenaba entonces la multitud los caminos, ni bogaban en el lago botes llenos de admirados espectadores. Una sola piragua veíase de cuando en cuando á alguna distancia, como una escondida espía que vigilaba sus movimientos, y que desaparecía en el momento que había sido notada. Un silencio sepulcral acompañaba á esta escena; silencio que hablaba á su corazón, con mas fuerza que las aclamaciones de la multitud.

Marchaba Cortés pausadamente á la cabeza de sus batallones, hallando sin duda en este cambio de circunstancias, mucho campo para meditar. Como para desechar estas tristes reflexiones, mandó tocar las trompetas, cuyo penetrante sonido anunció á los habitantes de la fortaleza sitiada, que sus amigos estaban cerca. Contestaron con una descarga de artillería, que pareció dar á las tropas una alegría momentánea, pues violentaron el paso, atravesaron los grandes puentes levadizos, y otra vez se encontraron dentro de los muros de la ciudad imperial.

La apariencia de las cosas no era en ella tal, que pudiera aquietar sus temores.

(11) „En todo el camino nunca me salió á recibir ninguna persona de el dicho Muteczuma, como antes lo solían hacer; y toda la tierra estaba alborotada, y casi despoblada: de que concebí mala sospecha, creyendo que los españoles que en la ciudad habían quedado, eran muertos.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 132.

(12) „Y como asomé á la vista de la ciudad de México, parecióme que estaba toda yerma, y que no parecía persona por todos los caminos, ni casas, ni plazas, ni nadie le salió á recibir, ni de los suyos, ni de los enemigos; y fué esto señal de indignación y enemistad por lo que había pasado.” Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 19.

En algunos lugares vieron levantados los puentes, lo que manifestaba bien claramente, que habiéndose destruido los bergantines, seria muy fácil cortarles la retirada (13). La ciudad parecia mas desierta que la de Tezcuco. Su poblacion industriosa y crecida en un tiempo, habia desaparecido misteriosamente, y al desfilarse los españoles por las calles, eran contestadas las pisadas de los caballos con tristes y melancólicos ecos, que oprimian penosamente su corazon. Llenos de funestos presentimientos llegaron á las grandes puertas del palacio de Axayacatl. Abriéronse, y entrando Cortés con sus veteranos, fueron abrazados por sus compañeros de armas, olvidando lo presente con la interesante recapitulacion de lo pasado (14).

Las primeras preguntas del general, tuvieron por objeto saber el origen de la rebelion, sobre lo que se le informó de diversas maneras. Algunos la imputaban al deseo que tenian los mejicanos de librar de la prision á su soberano, y otros al desigmo de destruir la guarnicion debilitada por la ausencia de Cortés y los que le acompañaron. Todos convinieron sin embargo, en que la causa inmediata habia sido la violencia de Alvarado. Acostumbraban los aztecas celebrar una festividad anual el mes de mayo, en honor de su patron el Dios de la guerra. Llamábanla „la ofrenda de Huitzilopotchli,” y se solemnizaba con sacrificios, cantos religiosos y danzas en que tomaban parte los mas de los nobles, pues era una de las grandes festividades, en que se desplegaba toda la pompa del ritual azteca. Como que tenia lugar en el atrio del *teocalli*, muy inmediato á los cuarteles españoles, y como que una parte del templo estaba convertida en capilla cristiana, pidieron permiso los caciques á Alvarado para celebrar allí sus ritos. Dícese tambien que solicitaron asistiera Montezuma, lo que aquel rehusó, cumpliendo con las instrucciones de Cortés; pero convino en lo primero, con la condicion de que no ofrecerian sacrificios humanos, y que vendrian sin armas.

Reuniéronse pues el dia señalado, en número de seiscientos por lo menos (15).

(13) „Pontes ligneos qui tractim lapideos intersecant, sublatos, ac vias aggeribus munitas reperit.” P. Martyr, De Orbe Novo, déc. 5. cap. 5.

(14) Probanza á pedimento de Juan de Lexalde, MS.,—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 133.

„Esto causó gran admiracion en todos los que venian, pero no dejaron de marchar hasta entrar donde estaban los españoles acorralados. Venian todos muy cansados y muy fatigados y con mucho deseo de llegar adonde estaban sus hermanos; los de dentro cuando los vieron, recibieron singular consolacion y esfuerzo y recibieronlos con la artillería que tenian, saludándolos, y dándolos el parabien de su venida.” Saha-gun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 22.

(15) „E así los indios, todos señores, mas de 600 desnudos é con muchas joyas de oro é hermosos penachos, é muchas piedras preciosas, é como mas aderezados é gentiles hombres se pudieron é supieron aderezar, é sin arma alguna defensiva ni ofensiva bailaban é cantaban é hacian su areito é fiesta segun su costumbre.” (Oviedo. Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 54.) Algunos escritores hacen subir el número á

Iban vestidos con sus mas magníficos trajes, con sus graciosos mantos de plumaje, sembrados de piedras preciosas, y adornados sus cuellos, brazos y piernas, con collares y brazaletes de oro. Tenian los aztecas aquella propension al esplendor deslumbrante que distingue á las naciones medio civilizadas, las que en tales ocasiones, hacen gala de la pompa y profusion de sus bárbaricas galas.

Alvarado y sus soldados concurrieron como espectadores, colocándose algunos de ellos en las puertas como por casualidad, y mezclándose otros entre la multitud. Todos estaban armados, cuya circunstancia era tan comun, que no llamó la atención. Pronto se entregaron los aztecas al bullicioso placer del baile, acompañado de sus cantos religiosos y su salvaje y discorde instrumental. Mientras se ocupaban en esto, Alvarado y sus soldados á una señal concertada, se arrojaron con la espada desnuda sobre sus víctimas. No defendidas estas con armaduras ó armas de ninguna clase, fueron sacrificadas sin resistencia por sus agresores, que no mostraron, dice un contemporáneo, sentimientos de piedad ó conmiseracion (16). Algunos huian á las puertas, pero eran traspasados con las largas picas de los soldados. Otros, que intentaban escalar el *cua-tepantli* ó muro de serpientes que rodeaba el atrio, tenian el mismo destino, ó eran heridos por la cruel soldadesca. Por el pavimento, dice un escritor de la época, corrian arroyos de sangre en tanta abundancia, como el agua en un fuerte aguacero (17). Ni un solo azteca de toda aquella alegre reunion quedó vivo. Se estaba repitiendo la terrible escena de Cholula, con el vergonzoso agregado, de que los españoles no contentos con asesinar á sus víctimas, las despojaron de sus adornos preciosos. En este funesto dia, pereció la flor de la nobleza azteca. Ni una sola familia notable dejó de tener en el interior de su casa el luto y la desolacion; y muchos y muy sentidos romances, refiriendo los trágicos incidentes de este hecho, y adaptados al melancólico canto nacional, se recitaban por los nativos mucho tiempo despues de la conquista del pais (18).

Varias explicaciones se han dado de este hecho atroz; pero pocos historiadores se han conformado con la que da el mismo Alvarado. Segun éste, supo por medio de sus espías, algunos de ellos mejicanos, que intentaban los indios un levantamiento. Habíase señalado para ejecutarlo la celebracion de esta festi-

ochocientos y aun á mil. Las Casas, con menos exageracion de la que acostumbra, lo aumenta á dos mil. Brevisima Relacion, p. 48.

(16) „Sin duelo ni piedad Christiana los acuchilló, y mató.” Gomara, Crónica, cap. 104.

(17) „Fué tan grande el derramamiento de sangre, que corrian arroyos de ella por el patio, como agua cuando mucho llueve.” Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 20.

(18) „Y de aqui á que se acabe el mundo, ó ellos del todo se acaben, no dejarán de lamentar, y cantar en sus areytos, y bailes, como en romances, que acá decimos, aquella calamidad, y perdida de la sucession de toda su nobleza, de que se preciaban de tantos años atrás.” Las Casas, Brevissima Relatione, p. 49.



Pedro de Alvarado.

Copia del que posee el Sr. D. P. de Salazar

vidad, en la que habian de reunirse los caciques, y fácilmente podrian excitar al pueblo á que los sostuviese. Instruido Alvarado del proyecto habiales prohibido llevar armas; y ellos afectando cumplir esta orden las habian ocultado en los arsenales inmediatos, de donde podian sacarlas prontamente; pero anticipando aquel el golpe, desconcertaba su designio, y esperaba confiadamente en que haria desistir á los aztecas de una tentativa semejante para lo futuro (19).

Tal es la relacion que hace Alvarado; pero si era cierta, ¿por qué no justificó su asercion, haciendo sacar las armas que estaban ocultas? ¿por qué no vindicó su conducta á los ojos del pueblo mejicano, revelando públicamente la traicion de los nobles, como lo hizo Cortés en Cholula? Mas bien parece esto una disculpa ideada despues de cometido el hecho, para cubrir su atrocidad.

Algunos contemporáneos, atribuyen muy diferente motivo á esta horrible matanza, que segun ellos, tuvo su origen en la avaricia de los conquistadores, como lo demuestra el haber despojado á sus víctimas de las riquezas que llevaban (20). Bernal Diaz, que aunque no estuvo presente conversó familiarmente con los que lo estuvieron, los defiende del cargo de este indigno intento. Segun él, se manejó así Alvarado para intimidar á los aztecas, é impedir cualquiera movimiento insurreccional (21); pero el antiguo historiador, no nos dice si tuvo razon para temer ese movimiento, ó por lo menos afectó tenerlo antes de la matanza.

Reflexionando un poco, apenas parece posible que tan detestable hecho, y que podia haber tenido tan malos resultados para los españoles, se hubiera perpetrado por el solo deseo de aposeionarse de las galas de los nativos. Parece mas probable, que fué un medio intempestivo sugerido á la rapaz soldadesca por la vista del despojo que se les ofrecia. No es improbable que Alvarado hubiera teni-

(19) Véase la contestacion de Alvarado á las preguntas de Cortés, segun las refiere Diaz, (Hist. de la conquista, cap. 125,) con algunas adiciones en Torquemada, (Monarqu. Ind., lib. 4, cap. 66,) Solís, (Conquista, lib. 4, cap. 12,) y Herrera, (Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 8,) todos los que parece que ratifican la asercion de Alvarado. No encuentro otra autoridad de algun peso que se exprese en iguales términos.

(20) Oviedo refiere una conversacion que tuvo algunos años despues de esta tragedia, con un noble español, D. Juan Cano, que acompañó á Narvaez y estuvo presente á todas las subsiguientes operaciones del ejército. Casó con una hija de Montezuma, y se estableció en Méjico despues de la conquista. Describele Oviedo como un hombre de juicio y honradez. Contestando á las preguntas del historiador, respecto á la causa del levantamiento, dijo, que Alvarado sin motivo alguno habia perpetrado esta matanza por pura avaricia, y que los aztecas enfurecidos con una crueldad tan infundada é inmerecida, se sublevaron para vengarla. (Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 54.) Véase el diálogo original en el Apéndice parte 2.^a núm. 11.

(21) „Verdaderamente dió en ellos por metelles temor.” Hist. de la conquista, cap. 125.

do vagas noticias de una conspiracion entre los nobles; rumores provenidos acaso de los tlascaltecas sus inveterados enemigos, y por esta razon, poco dignos de crédito (22). Propúsose desconcertarla siguiendo el ejemplo de su comandante en Cholula; pero no le imitó en tomar precauciones contra el levantamiento del pueblo, y se equivocó miserablemente en confundir al intrépido y guerrero azteca, con el afeminado cholulés.

No bien hubo concluido la matanza, cuando con la velocidad del rayo se esparció la noticia por la capital, y apenas podian los nativos dar crédito á sus sentidos. Todo lo que habian sufrido hasta entonces, la profanacion de sus templos, la prision de su soberano, los insultos amontonados en su persona, todo se trajo á la memoria en esta vez (23). Los sentimientos de hostilidad y rencor acallados por tanto tiempo, convirtiéronse en un grito de venganza; olvidáronse las antiguas y temibles supersticiones. No fué necesario, aunque no faltó, el esfuerzo de los sacerdotes, para inflamar aquellas pasiones. Todos los habitantes de la ciudad empuñaron las armas, y la aurora siguiente, casi antes de que los españoles pudieran prepararse para la defensa, fueron atacados con desesperada furia. Algunos de los asaltantes intentaron escalar las murallas; otros consiguieron minarlas en algunas partes y ponerles fuego. Es dudoso si hubieran conseguido tomar el edificio por asalto; pero á súplicas de la guarnicion medió el mismo Montezuma, y subiendo á las murallas se dirigió al populacho cuya fu-

(22) Así lo dice Ixtlilxochitl, fundándose en los historiadores tezcucanos. Segun estos, los tlascaltecas movidos de su odio á los aztecas y su sed del pillaje, hicieron creer á Alvarado que los nobles con motivo de esta festividad, meditaban un levantamiento. Tal testimonio es importante, y lo refiero con las mismas palabras del autor. „Fué que ciertos tlascaltecas (segun las historias de Tezucó que son las que yo sigo y la carta que otras veces he referido) por envidia lo unió acordándose que en semejante fiesta los mexicanos solian sacrificar gran suma de cautivos de los de la nacion tlascalteca, y lo otro que era la mejor ocasion que ellos podian tener para poder hinchar las manos de despojos y hartar su codicia, y vengarse de sus enemigos (porque hasta entonces no habian tenido lugar, ni Cortés se les diera, ni admitiera sus dichos, porque siempre hacia las cosas con mucho acuerdo), fueron con esta invencion al capitán Pedro de Alvarado, que estaba en lugar de Cortés, el cual no fué menester mucho para darles crédito porque tan buenos filos, y pensamientos tenia como ellos, y mas viendo que allí en aquella fiesta habian acudido todos los señores y cabezas del imperio y que muertos no tenian mucho trabajo en sojuzgarles.” Hist. chich., MS., cap. 88.

(23) P. Mártir de Anglería recapitula bien estos agravios, mostrando que tales parecieron á los ojos de los mismos españoles, al menos de aquellos cuyo juicio no estaba ofuscado por haber tenido parte en ellos. „Emori statuerunt malle, quam diutius ferre tales hospites qui regem suum sub tutoris vitæ specie detineant, civitatem occupent, antiquos hostes Tascaltecanos et alios prætereā in contumeliam ante illorum oculus ipsorum impensa conseruent;..... qui demum simulachra deorum confregerint, et ritus veteres ac ceremonias antiquas illis abstulerint.” De Orbe Novo, déc. 5, cap. 5.